



**SE BUSCA PERSONA FELIZ  
QUE QUIERA MORIR**

*Mariano Gistaín*

Se abre de válvulas, me lame, me sube al cielo y me deja flotando en un coma sensorial en el que hasta mi última célula se estremece mientras ella se desgonza entre alegres espasmos.

Intento recuperar mi vida de hace un rato pero ella no me deja.

Mi vida, cuatro rutinas: salir a correr, citas fugaces con amigos... Mi mejor amigo desde hace unos meses/años es el reloj inteligente que envía mis latidos y mis constantes vitales a una multinacional (por cierto, ahora deben de estar alucinando, con tanta actividad).

He firmado un contrato para participar en un experimento científico. Todo empezó en una conferencia sobre *big data*.

A mí el *big data*, dijo el ponente, por un oído me entra y por otro me sale.

Con esa frase se ganó la benevolencia del público y pudo explicar los ejemplos de empresas que gracias al buen manejo de los datos han doblado su facturación. Los asistentes disfrutamos con el nuevo maná que, esta vez sí, nos traerá la prosperidad.

Al final de la charla, ya en la calle, repartían unos folletos de colores chillones en los que solicitaban voluntarios para un experimento científico: nada más leer el título marqué el número que —aseguraba el impreso— cambiaría mi vida.

Y así ha sido: tengo sexo.

¿Por qué llamé a un número de un folleto cuyos colores evocaban los anuncios de los circos?

Si usted sabe por qué hace las cosas, le felicito. En mi caso, tras muchos años de analizar mis decisiones, no sabría decir

cómo funciona ese mecanismo o esa facultad en la que, al parecer, se basa el libre albedrío.

Confieso que las decisiones, en un 99% de los casos, las toma la vida por mí: el Banco Mundial, la empresa, la familia, la tradición, la moda, la publicidad, Hacienda, el navegador del móvil...

Eso no quiere decir que sea un irresponsable o un fatalista; al revés: como ignoro cuál es o dónde se halla ese 1% con el que decido, pues me responsabilizo de todo, incluso, por extensión, de sus decisiones.

Todos hemos leído acerca de ese estudio que demuestra que el cuerpo, la carne, toma una decisión un segundo antes de que lo haga el sujeto consciente. Cuando me enteré de ese descubrimiento sentí un secreto alivio: ¿lo ves?, me dije, es algo natural.

Me ignoras, dice ella al ver que una parte de mi cuerpo se desentiende de sus zalamerías.

No-no-no, le digo dejándome abducir pero porfiando por reservarme una parte de remota consciencia: con un milímetro cúbico de cerebro tengo bastante para seguir siendo yo, o lo que queda de mi yo de ayer. Pero ella, que ha detectado que se enfrenta a un enemigo insidioso (el cerebro no se conforma con un milímetro cúbico, lo quiere todo), se emplea a fondo y echa toda la carne, que soy yo, en el asador. Así que nos abrasamos de nuevo en una trepidación cuyas sacudidas no respetan ni al reloj inteligente, que sale despedido entre jadeos. ¡Esto sí que es *big data*!

El caso es que llamé al número del folleto circense, hablé con un bot supersimpático y al día siguiente acudí al lugar donde me habían citado, un local de la calle Bolonia provisto de ordenadores, bar, escenario y todos los aditamentos de esos lugares híbridos que nadie sabe muy bien a qué se dedican o para qué sirven. Se llama Contenedor Creativo.

Antes de contar la entrevista he de decir que tengo 44 años y que me dedico a desaprender. Hace unos meses oí decir a Carlos Barrabés que todo lo que sabíamos no servía para nada porque el mundo había cambiado; que nuestra primera

obligación era desaprender y que el primer requisito para desaprender era la humildad.

Comprendí que, en lo que a mí respecta, tenía razón, y empecé a hacerlo.

Desde entonces asisto a todas las charlas, simposios, congresos y conferencias que puedo. Por suerte en Zaragoza, donde vivo, hay muchas opciones para elegir: inteligencia artificial, drones, impresión 3D, coches eléctricos, hidrógeno, física cuántica, huertos ecológicos verticales, empatía, lanzaderas para emprendedores, consejos y mentorizaciones, energías limpias, aceleradoras de *startups*, inversores...

Poco a poco me he ido haciendo un experto en lo que se lleva en estos años; podría ser un esnob o un diletante si no me creyera lo que escucho —y al principio, por tradición, era algo escéptico—, pero he acabado por creer en todos estos preceptos que forman el espíritu —o la materia— de mi tiempo.

¿Qué tiene que ver desaprender con acudir a charlas y conferencias? Ni idea. Tal vez el miedo al vacío. Desaprendo lo anterior y meto cosas nuevas que, además, son mucho más fáciles de borrar.

He podido desaprender bastante aunque, si a alguien le interesan estas cuestiones, le diré que fácil no es: uno nunca termina de desaprenderlo todo. Siempre hay algo que se agarra al hueso. Pero es cierto que me he liberado de muchos conocimientos, simples prejuicios que ya no se correspondían con el estado y el funcionamiento de la realidad. Como es lógico, Carlos para mí es un santo: yo había oído lo de desaprender mil millones de veces, pero nadie lo había predicado con tanto convencimiento como él.

Una de las ventajas del desaprendizaje, si se puede llamar así, es que empiezas a verlo todo con ojos nuevos e interpretas las cosas como si las vieras por primera vez. Eres una persona vacía. O al menos te haces esa ilusión.

De manera que cuando, impulsado por una extraña excitación cromática, marqué el número del folleto a la salida de la charla de *big data*, tenía la certeza —¡la primera en

décadas!— de que, en efecto, mi vida iba a cambiar, de que nada sería igual.

Ahora me conformo con recoger mi reloj inteligente, mi amigo, mi confidente, y recuperar el 1% de mi vida, el área de tomar decisiones. Lo único que retengo en mi nuevo yo vacío es que hay que estar alegre, pase lo que pase. Ser optimista. Y hacer mucho ejercicio.

La entrevista en el Contenedor Creativo fue rápida. Una mujer joven me explicó lo básico sobre la criogenización, algo cada vez más normal, no solo en Estados Unidos, donde empezaron en los años sesenta y donde están las grandes instalaciones refrigeradoras; en España también hay empresas que ofrecen la criopreservación, que consiste en congelarse confiando en que la ciencia del futuro pueda reanimar los cuerpos, curar las afecciones y reiniciar la vida. El Instituto Europeo de Criopreservación funciona en el municipio valenciano de Cartarroja desde el año 2014 y más de mil personas han contratado sus servicios. La web, sospechosamente sobria, explica que el tratamiento cuesta 153.000 euros. Eso sí, cuando despiertes, si es que lo consigues, se comprometen a echarte una mano para adaptarte a ese tiempo futuro.

La criogenización ha de hacerse una vez certificada la muerte, por lo que estos establecimientos tienen alguna relación legal con los cementerios.

En Estados Unidos hay una opción más económica que consiste en criogenizar solo la cabeza, que es donde —se supone— están los recuerdos. Quizá sería mejor hacerlo al revés: salven solo el cuerpo, por favor. Las noticias suelen dar cuenta de este asunto cada vez con mayor frecuencia y hay un debate intermitente entre científicos sobre las posibilidades de descongelar algún día las delicadas células neuronales y que vuelvan a arrancar como si tal cosa. Un punto crucial es evitar que se formen cristales de hielo y se rompan las células, así que extraen la sangre y gran parte de otros líquidos y rellenan el cuerpo con anticongelante. Todo eso ya lo había oído yo por ahí, pero aguanté el resumen.

Yendo bien, tiene que ser duro despertar y encontrarte con el hilo de pensamiento, por llamarlo de alguna manera, que estabas royendo treinta años atrás, la cancioncilla de la que no te podías librar, etc.

Al llegar a este punto la mujer me dijo que ellos no tienen nada que ver con esos centros de criopreservación: que su empresa se dedica a investigar para asegurar que la congelación no daña las células.

Y también me dijo que yo debería permitir que la empresa accediera a los datos de mi pulsera o reloj de salud (le di mis claves en el acto), y que enseguida me lo cambiarían por otra pulsera más completa.

A los pocos minutos me indicó que mis constantes vitales me permitían seguir adelante, si así lo deseaba. Asentí y ella dijo que para pasar a la siguiente fase tendría que firmar varios contratos y cláusulas, lo que hice sin mirar, guiado sin duda por el infalible instinto del 99% que me lleva, y por la succulenta recompensa en metálico.

En resumen, estaban buscando a alguien para probar un nuevo método de criogenización. Deduje que era ilegal, pero a mis trillones de células decisorias o consejo de administración automático no debió de parecerles un criterio relevante.

La entrevista tenía lugar en una de las diez o doce mesas que había por el local; al fondo ensayaba un grupo de teatro, dos o tres personas tomaban café en una barra de bar y unos chicos provistos de portátiles y gafas de realidad virtual cuchicheaban acaloradamente dos mesas más allá. La mayor parte del espacio estaba ocupado por contenedores de barco, de ahí la mitad del nombre, Contenedor Creativo: cada uno de esos *containers* era una sala independiente y aislada. Al fondo, un especialista impartía una clase de cómo construir orcos con material de ferretería y bricolaje y más allá se celebraba una sesión de *body painting*.

Al ver que yo contemplaba semejante actividad la mujer dijo que habían alquilado un contenedor en ese sitio porque

estaba céntrico, al lado de El Corte Inglés, añadió jovial, como si eso ya garantizara el éxito de la criogénesis. Después me contó que el folleto que me había llevado hasta allí había sido diseñado aplicando neuromárquetin: nos aseguraron en la agencia, dijo, que la combinación de colores haría que solo telefonaran las personas verdaderamente interesadas en el proyecto. Le confirmé la eficacia del método.

La entrevista era tan divertida como ir a suplicar a Hacienda. Entonces, de uno de los cubículos del fondo salió una mujer radiante, como recién duchada: se acercó a la mesa, le hizo un gesto a la que me estaba atendiendo para que se retirara y me entregó un reloj similar al mío.

Se lo cambio, dijo con una sonrisa que todavía no he podido desaprender.

Intercambiamos las pulseras de datos, me ajusté la nueva a mi muñeca y ella, al ver que los actores empezaban a vociferar en el escenario y que el pintor de cuerpos se volvía Pollock y amenazaba con salpicarnos, me invitó a dar un paseo.

Me explica que su trabajo —ella dice «misión»— consiste en analizarme, en saber si mi perfil es adecuado para la fase siguiente. Entre la pulsera y yo hemos de decidir, añade.

Me estaba excitando y no quería reconocerlo. De todas formas, lo de desaprender viene muy bien; a mí por lo menos me ha ayudado a desinhibirme, sea lo que sea eso, así que al llegar a la plaza de Albert Schweitzer nos besamos y se me nubló el mundo. Cuando recobré el aliento le pregunté:

¿He pasado la prueba?

Así así, dijo ella arreglándose el aura.

Me repitió lo que ya me había dicho su compañera: que el experimento, si aún estaba interesado —¡más que nunca!, exclamé, henchido de feromonas—, consistía en someter a alguien sano al proceso de criogenización que estaban desarrollando.

De esa forma, prosiguió sin levantar la vista del móvil en el que monitorizaba los datos de mi pulsera, sabremos si el método funciona o...

Esa «o» se me clavó en el alma. Intenté besarla de nuevo y ella, empatizando con mi aflicción, accedió con todo.

En ese momento tendría que haber salido corriendo. Con el hilillo de voz del que afronta el cadalso, pregunté: ¿Los besos forman parte de la entrevista de trabajo?

No es obligatorio, dijo ella apartándose el pelo con un gesto que ionizó el entorno hasta cubrir los enormes tanatorios que se alzan al otro lado de la avenida del Camino de las Torres. Naturalmente, añadió cogiéndome del brazo, hemos hecho las suficientes pruebas con animales como para garantizar... Ahí se atascó un poco, pero se arrimó a mí como si fuera invierno y alguien nos estuviera siguiendo. Bueno, concluyó, ya me entiendes.

El súbito tuteo me iluminó. Nos besamos por tercera vez y menos mal que recordé que tenía que renovar el parquímetro porque la tensión estaba a punto de hacer estallar la pulsera conmigo dentro.

El caso es, dijo al fin, que no sabemos los efectos que puede producir porque los animales que hemos congelado y descongelado, como no hablan, no han podido decirnos nada. Algunos gaticos se han quedado un poco...

Se produjo una pausa técnica. La vida parecía seguir su azaroso vaivén. La barredora que certifica que casi todo es real pasó rugiendo y rociándonos con Chanel pulverizado y CO<sub>2</sub>.

¿Habrá más voluntarios?, pregunté por decir algo.

Yo, dijo ella.

limbo ❖ errante

[www.limboerrante.com](http://www.limboerrante.com)